

Introducción

—*Cierra los ojos —indicó él—. Cierra los ojos y pide un deseo.*

Cuando empecé a recopilar relatos para esta colección, sabía exactamente lo que quería: preparar el regalo de cumpleaños perfecto. Una obra repleta de experiencias eróticas que compartir con amigos, amigas, amantes o con ese tipo de gente con quien apetece pasar a la fase siguiente.

—*Vamos, cielo. Cierra esos preciosos ojos marrones.*

Buscaba historias de los mejores espectáculos organizados para celebrar un cumpleaños, cuentos de deseos libertinos y lujuriosos que se hubieran visto satisfechos. Ansiaba poseer más experiencias, tanto aquellas que pudieran igualarse a las mías, como otras que las superaran. Y es que el regalo de cumpleaños perfecto no tiene por qué venir en envoltorios festivos ni con lazos de colores, salvo que éstos adornen a la persona amante. Por el contrario, una vivencia, un

recuerdo o algo con que poder deleitarte durante años al repensarlo sí representa el regalo de tu vida.

—¿Ya has pedido tu deseo, guapa? No me lo digas, que entonces no se cumple.

Me acuerdo de todos mis cumpleaños importantes —y de todas las prácticas sexuales que he disfrutado en ellos—. Veamos, me encontraba en Londres cuando cumplí los diecinueve en los brazos de un vendedor de marroquinería, que me miró de reojo de un modo tan sexy que me dieron ganas de atravesar el canal de la Mancha para estar con él o, al menos, de esperar sentada en las escaleras a que saliera del trabajo para poder recorrer juntos las calles de la ciudad cogidos de la mano. Encontramos un callejón cerca de mi hotel, y cuando le conté que era mi cumpleaños me dio unos azotes en el culo, a modo de tirones de orejas, sin quitarse aquellos guantes de cuero viejo que llevaba. Desde entonces, cada vez que huelo marroquinería me acuerdo de él.

Los veintiuno los celebré en Hawái, medio borracha y atontada por el champán, bañada por la luz plateada de la luna y tendida en una mantita que habíamos extendido sobre la arena de la playa aún caliente después de un día de sol. Recuerdo el sabor salado de su piel, su pelo dorado... Recuerdo que me besaba por todo el cuerpo antes de follarme en el océano, que me mecía en sus brazos mientras las olas nos acariciaban antes de romper.

En Nueva York cumplí los veinticinco, con una alborotada y ruidosa pandilla de *drag queens* y tantas velas que parecían iluminar el cielo de la noche. Me

felicitaron cuatro veces —dándome unos cien azotes, en lugar de cien tirones de oreja, en total—, de tal modo que en mi opinión, mis coloradas nalgas acabaron superando con creces a las velitas: para cuando se acabó la juerga, tenía el trasero literalmente rojo y brillante.

Los treinta, en París: sexo romántico sobre un puente por debajo del cual iban pasando ligeros los barquitos de turistas. Puedo sentir todavía su mano firme al agarrarme el pelo oscuro para mantenerme la cabeza tensa hacia atrás, y lo recuerdo sujetándome con fuerza mientras me introducía la polla hasta el fondo. Nos lo habíamos montado bien. Por delante nos tapaba mi falda gris plata; por detrás nos cubría su larga gabardina negra. Los únicos que sabían lo que estaba pasando éramos nosotros dos; bueno, y el viejo parisino que paseaba tranquilamente por allí y que se asomó por encima del hombro, me guiñó el ojo y me saludó «*Bonsoir, mademoiselle*» antes de desaparecer. Me hizo sentir tan joven y tan inocente como si me hubieran llamado la atención por lo que estaba haciendo.

Todo el mundo debería cumplir los treinta en París.

—*¡Lo que tú necesitas son unos azotitos de cumpleaños!*

Nunca miento sobre mi edad. Primero porque hacerlo implica realizar demasiadas operaciones matemáticas y, segundo, porque acabaría viendo reducido el número de azotes que recibes cada cumpleaños. ¿Quién prefiere que le den veintidós cuando pueden darle veintiocho? O treinta y dos, o...

Cada una de las personas que han participado en la redacción de este libro aporta su propia idea sobre lo que convierte un regalo de cumpleaños en un regalo de cumpleaños perfecto. ¿Te excitan las botas guarrillas, de cuero y tacón alto, esas que suben hasta la pantorrilla? Entonces léete el apasionante «La gata con botas» de Shanna Germain.

¿O te van los tríos o los grupos de cuatro y de cuantas más personas mejor? Pues aparecen en las desenfrenadas fiestas de cumpleaños que describen Sage Vivant en «Cuarenta y siete velas» y Saskia Walker en «Una marchosa anda suelta».

¿Has soñado alguna vez que un guapísimo desconocido te echaba un polvo? Mira a ver «Un lujazo por tu cumpleaños», de Jolene Hui, o «Desnuda en su cumpleaños», de Kate Laurie.

Si tus fantasías se parecen más a las mías y lo que te apetece es que te den unos azotes, humidécete los dedos y déjate llevar por los relatos de N. T. Morley, «Más, por favor»; Emilie Paris, «Veintinueve otra vez»; o Michelle Houston, «Por un sueño», por mencionar tres.

Ahora cierra los ojos, pide un deseo y sopla las velas.

¡Feliz cumpleaños, nena!

Alison Tyler
San Francisco, julio de 2006

Feliz cumpleaños

SIMONE HARLOW

Maris Landry cerró la puerta de casa de una patada después de guardar las llaves con brusquedad. Se despojó del arma reglamentaria con un suspiro y la colocó en la mesa, junto al bolso. A continuación hizo lo mismo con las esposas y luego con la placa. Por último, se desprendió del chaleco antibalas desabrochando las tiras de velcro.

Feliz cumpleaños de mierda, se dijo.

Mientras se dirigía a su habitación, empezó a desnudarse dejando tirada la ropa que se iba quitando. Necesitaba una ducha, un whisky escocés, un helado de sabor Cherry García, ése de yogur, cerezas y chocolate, y una cama. Y en ese orden.

Una vez se hubo duchado y después de beberse el whisky, puro malta, se dijo que tras aquel día de trabajo se había ganado un *ménage à trois* con los dos hombres más leales que había en su vida, Ben y su colega Jerry: se tomaría entera la tarrina de litro, nada

de conformarse con una cucharadita, ni de reservarlo para el postre. Esa noche iba a acabar relamiendo el bote hasta dejarlo limpio.

Justo en el momento en que se metía la primera y deliciosa cucharada en la boca, oyó el timbre. Más le valía a Ángela, su hermana, no haberse plantado allí para celebrar su cumpleaños, pensó. Iba a cargársela. Cuando se dirigía hacia la entrada cubriéndose con la fina bata, sonó el teléfono. Maris cogió el inalámbrico.

—¡Ya voy! —gritó a quien estuviera en la puerta mientras contestaba—: ¿Dígame?

—Felicidades, hermanita. ¿Qué tal es eso de llegar a los treinta y cinco?

—Es una mierda —dijo mientras se ajustaba el *déshabillé*—. ¿Estás en la puerta?

—Yo no, pero tu regalo de cumpleaños sí.

Su hermana estaba metida en el rollito sadomaso e insistía en que Maris se uniera a ella.

—¿Qué me has comprado? ¿Unos pantalones de cuero de motorista? ¿Un consolador gigante? Pienso devolverlo.

—¿Qué es lo que dijiste que querías este año?

Maris dedicó un momento a recordarlo: «Un veinteañero que se llame Nick.» Se asomó a la ventana, pero desde aquel ángulo sólo veía una cabeza rubia. ¡Mierda!, pensó.

—¿Me has mandado un tío?

Ángela empezó a reírse.

—No es un tío cualquiera; te he mandado nada menos que a Nick.

Maris abrió la puerta. Allí mismo, en la entrada, había un dios de pelo rubio. Totalmente desnudo, salvo por el gran lazo rojo que le cubría sus partes.

—¡Qué fuerte!

—¡Felicidades! —chilló Ángela.

Maris vio que, detrás del «Tío Desnudo», el vecino de enfrente entreabría ligeramente la puerta. Cogió a Nick del brazo, lo metió en casa de un tirón y cerró de un portazo. Aunque en su trabajo de policía se enfrentaba a un montón de situaciones inauditas, nunca le había ocurrido nada parecido en su propia casa. En cuanto se deshiciera de aquel Nick en bolas, iba a devolvérsela a Ángela.

—¿Te gusta?

¿Cómo no iba a gustarle? Tenía un rostro angelical y un cuerpo de pecado. Era perfecto.

—Yo dije que quería uno joven, tonto y bien dotado. Y este no es joven —dijo mientras le levantaba la mano derecha—. Y veo que lleva un anillo de la academia militar de West Point, promoción del 94, lo que significa que tampoco es tonto.

—Es más joven que tú.

Maris levantó el sofisticado lazo. Gruesa y larga, la tenía firme como un buen soldado. Y cabía profetizar que aquel guerrero acabaría liberándose.

—¡Madre mía! —exclamó.

—Cumplir un requisito de tres no está nada mal —contestó Ángela entre risas.

Nick, el soldadito, sonrió.

Ella soltó el lazo y preguntó:

—¿No podrías dejar descansar el arma?

Nick se encogió de hombros.

—Le gustas.

Socorro, Maris se estaba excitando.

—¿De verdad te llamas Nick?

Él le tendió la mano:

—Nicolas Bennett.

Maris no respondió al gesto.

—¿Eres uno de sus...? ¿Cómo llama ella a sus ligues?

—Sus mascotas. No, no soy una de sus mascotas.

Ángela, aún al teléfono, soltó una carcajada.

—El chico ha perdido una apuesta y me pertenece durante una noche; he pensado que te hacía más falta a ti que a mí.

A Maris no le hizo gracia el comentario.

—Vaya, te lo agradezco.

—No hay de qué, mona.

Maris agarró el inalámbrico con más fuerza. Su hermana se había pasado de la raya.

—A lo mejor, si me llamas el año que viene ya no estoy cabreada.

—Te veo en casa de mamá el sábado. Disfruta del regalo.

Maris colgó y se metió el teléfono en el bolsillo del *déshabillé*. Se puso derecha y, con su mejor cara de poli, se acercó a Nick.

—Mi tarrina de helado Ben & Jerry está empezando a sentirse solita, así que ya estás sacando ese trasero desnudo de mi casa.

Él cruzó los brazos sobre su enorme tórax.

—No —respondió.

—No se ponga chulito conmigo, señor Polla Grande —amenazó Maris con los brazos en jarra—; soy policía de Los Ángeles: puedo echarte de una patada en el culo.

Él arqueó una de sus rubias cejas.

—Y yo antes pertenecía a las Fuerzas Especiales. Así que... lo dudo mucho.

Que el musculoso cuerpazo de Nick se interpusiera entre ella y su arma dificultaba las cosas.

—Tú quieres que me quede.

Y era cierto. Aquel hombre era una fantasía sexual andante.

—Vale, ya has hecho acto de presencia. ¡Oh, qué sorpresa! Ahora, lárgate —le espetó, tratando de sonar convincente.

—Es que yo siempre saldo mis deudas.

—¿Qué es lo que apostaste? —no pudo evitar preguntarle.

Él no respondió, por lo menos verbalmente, y decidió, en cambio, deshacer el lazo que lo cubría, hasta quedar completamente desnudo delante de ella.

Maris desvió la vista para evitar mirarle el paquete. Iba a parecer idiota si se quedaba paralizada; tenía que mantener el orgullo.

—Tápate eso, anda.

Él se acercó, cogió a Maris en brazos con agilidad y se la colocó en el hombro.

—Vamos a jugar —propuso. Y empezó a subir las escaleras cargando con ella.

—A mí no me van estas cosas —protestó ella. Con todo, tenía que admitir, aun cuando en esos momen-

tos fuera boca abajo, que esa forma de actuar tan troglodita resultaba bastante sexy.

—Ya lo veremos.

A pesar de lo incómodo que resultaba que el hombre de Nick le fuera rebotando en el estómago hasta que llegaron arriba, la postura le permitió fijarse en su culo: alto y bien torneado. Tenía los glúteos de un Renoir. Sin duda, esto superaba con creces la pistola Glock 28 que le había regalado su padre el año anterior.

Feliz cumpleaños, se felicitó por fin.

Nick la lanzó a la cama. Ella se quedó allí quieta un instante y lo retó con sus ojos marrones. A él le gustó aquello. No iba a ser fácil domarla, pero sería divertido. Se inclinó sobre ella y le deslizó la mano entre las piernas hasta que le palpó el coño. Le introdujo los dedos en la hendidura húmeda; ella se mordió el labio inferior, arqueó la espalda y, al hacerlo, se desaflojó el *déshabillé* de seda roja, dejando al descubierto un pecho.

—¿Sigue queriendo que me largue, agente? —inquirió él.

Ella negó con la cabeza.

Nick esbozó una sonrisa mientras le hundía los dedos hasta el fondo y enseguida sintió cómo ella los apretaba con sus músculos.

—Ya me parecía.

Con la mano que tenía libre, le desabrochó el cinturón de la bata para acabar de quitársela. Sus pechos altos y turgentes encajaban a la perfección en el hueco de sus manos. Marís tenía un cuerpo fibroso,

que mantenía en forma para el combate, y era evidente que estaba excitada. Eso le gustaba a Nick, que le juntó los senos y se inclinó sobre ellos para lamer su piel blanca. Maris gimió mientras se abría más de piernas.

—Buena chica.

Nick sacó los dedos, se las separó aún más y se puso entre ellas de rodillas. Tenía que saborearla. Empezó dando lametazos largos para abarcar todo el coño con la lengua. Estaba empapada. A continuación, la sujetó por las caderas para que dejara de moverse y jugueteó chupando su clítoris duro. Se le empalmó aún más la polla al meterle la lengua tan adentro como pudo.

Cuando Nick notó en sus labios los flujos dulces que emanaban de Maris, no pudo aguantar más. Le levantó las piernas y se las colocó sobre los hombros; luego fue guiando su miembro lentamente con la intención de introducirse. De todos modos, aunque todo el cuerpo le pedía que la penetrara y la hiciera suya, él sabía que Maris no estaba lista todavía y que, si se limitaba a echarle un polvo rápido, lo echaría todo a perder.

Ella estaba tan cerrada que, al principio, sólo consiguió meterle la punta de la polla en el coño empapado.

—Entra —le pidió Maris.

—Tranquila, nena, aún no estás abierta.

Fue penetrándola un poco más con cada empujón. Aquella resistencia lo atormentaba; quería dejarse llevar. El sudor resbalaba por todo su cuerpo. Bus-

có con el pulgar el pliegue del clítoris, lo levantó y empezó a masajear. Ella reaccionó elevando sus caderas, dejando así al miembro entrar más al fondo, y empezó a gemir. Nick supo que no podía esperar más para correrse y la embistió con todo su vigor y con el pene a punto de estallar. Se movió impetuoso y a buen ritmo, mientras notaba en la verga cómo ella se contraía durante el orgasmo. La siguió penetrando cada vez con más fuerza hasta que no pudo aguantar más y explotó dentro al tiempo que notaba la presión del coño extrayendo toda su leche. Nick soltó las piernas de Maris y se arrodilló hasta apoyar con cuidado la cabeza en su vientre. Aspiró: la piel le olía a jazmín y a sexo.

—¡Feliz cumpleaños, Maris!

Maris le acarició el pelo empapado en sudor.

—Eres de los que merece la pena conservar.

Nick se rió, dejando traslucir en su rostro que estaba de acuerdo con ella.